

EL PODER DEL PASADO

Cuando entramos en los márgenes del tiempo, dejándonos llevar por la inercia (muy común en la raza humana), es normal que existan distintas dimensiones o divisiones de éste, colocando atributos al «pasado, presente y futuro». Cada uno de ellos conlleva una carga, una proposición a sentir algo, a desear algo, a recordar algo.

Vivimos dentro de los márgenes del tiempo y en él encontramos todo lo que nos identifica como personas, nuestras propias experiencias... Eso que llamamos tiempo, en esencia, no existe, ya que, en la realidad última, la temporalidad está sujeta a las formas y no al Ser que somos. Se trata, pues, de un aspecto mental que vive en el mundo de las formas, y podemos comprobarlo realizando una pequeña investigación: observar todo el material mental que hay en nosotros. Me refiero a experiencias personales, recuerdos, proyectos de futuro, experiencias de dolor, etc.; a todo ello es precisamente a lo que llamamos tiempo. En estas vivencias reina el pasado porque todas han ido a otro lugar, ya no se viven como el momento presente, aunque de forma contradictoria, sin embargo, las vivimos ahora.

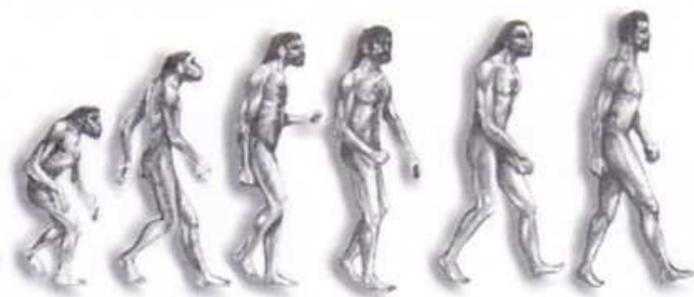
El pasado es la herramienta primordial que utiliza el ego. Éste le da toda la fuerza, ya que sin él no es «nada» (nunca mejor dicho). Surge de un antaño no sanado, sin el cual no existiría y todo sería presente. Pero no suele ser así, y



él está en forma de experiencias de todo tipo, positivas y negativas, sabiendo el amplio abanico que conlleva cada una de ellas.

Todo ese material mental queda guardado en el espacio de la conciencia, esperando a ser absorbido en ella misma. Pero la fuerza del ego personal, la fuerza de creernos que somos alguien diferente, distinto, superior o inferior, no deja que fluya ese proceso y nos estanca en la podredumbre de esas vivencias que no tienen margen de existir «aquí y ahora». Esa fuerza del ego se agarra a las experiencias y disfruta con el recuerdo, aunque sea negativo, ya que le hace sentir vivo.

Me vivo desde ese pasado, veo las cosas desde una visión limitada y todo lo que aparece es interpretado por ese mismo pasado que no me deja vivir en la virtud del presente. Entonces, en el individuo se vuelve normal vivir a través del que cree ser, o sea, un

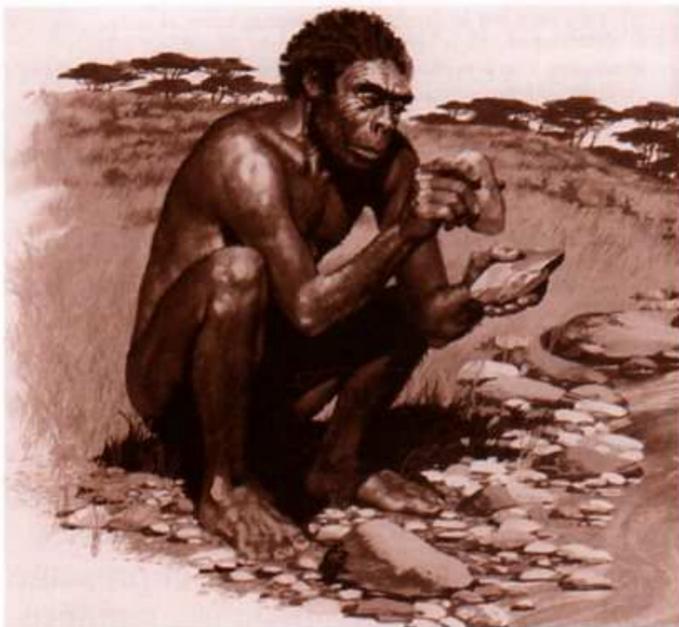


conjunto de ideas y experiencias, con un nombre que se le ha puesto al cuerpo-mente y en el que reconoce su identidad: unos valores, unas moralidades, unos apegos, unas virtudes y unos defectos, unas creencias, etc. Por eso nos referimos al pasado como poder, porque ejerce la visión del presente en el individuo identificado.

Llamamos futuro a la proyección del pasado, ya que el futuro no es una esencia en sí. No lo podemos saber, está fuera de los límites de nuestro raciocinio, pero no fuera de la conciencia (de la que fluye todo). Ese futuro es la carta que alberga el pasado debajo de la manga, porque éste cree que en él se cumplirán todas sus expectativas, proyecciones y acciones. En su proyección hacia este futuro, la persona no actúa como debería actuar en el presente, ya que deja la vida para «un mañana», esperando un milagro, mientras se pierde la grandiosidad de poner toda su capacidad de vida en el presente.

Hay que diferenciar dos partes mentales en esa base llamada mente subconsciente, o incluso consciente: una es la mente funcional, que, aunque está condicionada, no es molesta y no conduce a lo negativo crispado; más bien formaría parte de la personalidad, esos rasgos personales que nos hacen tener unas costumbres o maneras de actuar o decir cosas diferentes respecto a otras personas, esa mente que ha aprendido a realizar actividades en el mundo laboral, o sea, todo aquello que funciona en el día a día. La otra mente a la que nos referimos es la condicionada por el ego, o mente egóica. Ésta reclama la autoría de la mente funcional y quiere ser el centro de toda la experiencia; está condicionada a la respuesta externa e interna por la fuerza del pasado. Aunque crea que el problema está en el presente porque, por ejemplo, me han dicho algo determinado, esta vivencia resuena en un apartado interno mental que salta como un tigre cuando se siente implicado. Realmente, el pasado es creado por la mente, ya que relaciona las cosas como experiencia y puede decir ayer y hoy.

Junto a los objetos, se crea el tiempo y la distancia. El espacio es la base para que surjan, un espacio dimensión que es mente sin objetos, toda posibilidad para crear (por la conciencia). Cuando relaciono los objetos, entro en la temporalidad y quiero que todo se mantenga igual que ayer, es decir, no acepto el presente. Al no aceptarlo, aparece el sufrimiento, que se convierte en búsqueda constante de placeres y de estrategias para poder llegar a tener más gozo, más placer, a través de las formas (personas, objetos, etc.).



El espacio es (o no) una dimensión de la que se suele hacer indagaciones de forma mental,

a no ser que se pueda hablar de ella desde la pura experimentación. Siempre es interpretado por la parte mental que relaciona unas experiencias con otras y que se manifiesta siempre con lo conocido, expresándose con formas que están almacenadas en la mente y que es imposible que tengan el poder de decir lo que es.



Es una fuerza (o tal vez no) que limita nuestra experiencia de vida a ella misma, nos abre sus puertas y nos comunica que lo que estás viendo aquí también está allí. Es infinito en su expansión, por lo tanto, nada es exclusivo de ser aquí y ahora. La siguiente máxima, además de ser definidora del Tantra, define el espacio: «Lo que está aquí está en todas partes, lo que no está aquí no está en

ninguna parte». Él como fondo está en todo, es el gran poder de toda experiencia (y sin ella también). Puedo observar que no es cosa, ya que toda cosa es observada e identificada por los objetos de los sentidos; al no ser observado por los sentidos, no puedo interpretar el espacio, siendo la mejor solución definirlo como «nada». Unos dirán que sí, que es cosa, que hay un testigo que observa ese espacio, pero ¿quién había junto a ese testigo que decía atestiguar el espacio? Si eliminas toda forma de tu mente y te vuelves cero, sólo hay cero. ¿Cómo puede haber algo? ¿Dónde está el testigo? ¿No será el propio testigo el espacio? ¿No será la ausencia de la misma ausencia de presencia que tanto se suele nombrar? Aunque si somos el testigo, también atestigüaremos el espacio, ¿o no? Las elucubraciones mentales no sirven de nada. Con ellas uno quiere ser un *jñani* (conocedor de la verdad por vivencia), y en realidad se convierte en lo contrario, en un *ajñani* que cree saber la realidad última (me refiero a alguien que cree tener el conocimiento último y no se da cuenta del bucle en el que se halla). Al final, lo único que hay que hacer es vivir el presente, sin dar tantas vueltas al aspecto mental, que tan sólo quiere tener la razón.

Muchos queremos llegar a ser grandes maestros en el mundo espiritual sin haber cultivado los valores humanos, que, aunque

ya vienen de forma innata, se pueden trabajar. Respecto a este punto, siempre recuerdo la conversación que tuvo un discípulo con su maestro, svami Tilak, quien le dijo lo siguiente: «¡Hijo mío!, no faltan santos y sabios en este mundo. Solamente faltan los hombres. Trata de hacerte un hombre». Creo que no le faltaban razones a este gran sabio.

También me gustó mucho una frase que leí en un libro de zen, la cual afirmaba: «Toda enseñanza que tienda a hacer de una persona ordinaria una persona grande es demoníaca. Para nosotros la buena reputación es muy importante. Estamos muy preocupados si los demás nos critican y rápidamente nos entusiasmos si alguien nos admira» (*Curso de meditación zen*, editorial De Vecchi).

Un gran poder que existe en toda forma es su «impermanencia». Nada perdura para siempre, nada de lo que puedo ver-oír-tocar-sentir-gustar-oler está de manera perpetua. Todo está sometido al cambio. No obstante, la persona no ha comprendido esta ley. De la misma forma que el cuerpo humano nace, se desarrolla y muere, también a nivel sutil debería pasar lo mismo con los pensamientos, con todo el material mental limitante: es inteligente que así sea.

Toda acción presente es quemada en el presente. Sólo existe el presente y es lo único que vivo como pureza. Si vivo en el pasado, todo son recuerdos de algo que ya no existe y añoro, perdiéndome el presente; es una lástima, porque pierdo la oportunidad de dar una respuesta nueva, dejo de Ser y me convierto en alguien que quiere ser. Todo tiene solución en el presente, simplemente

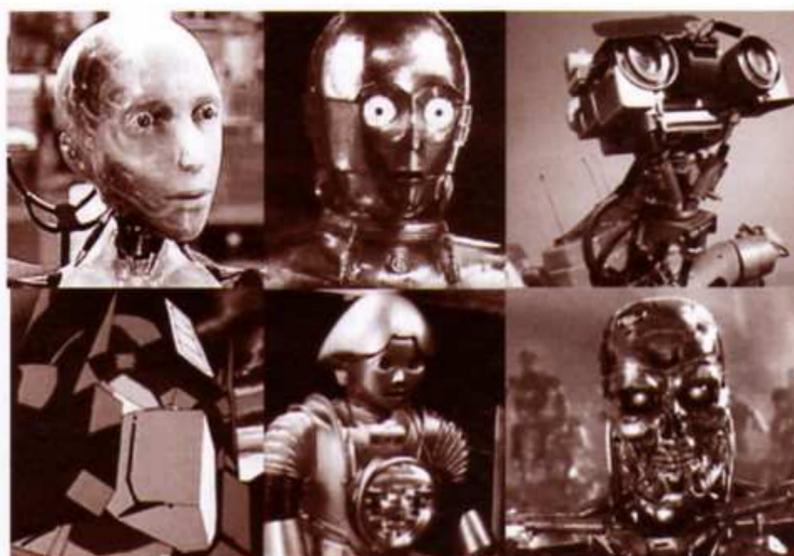
hay que estar despierto a la llamada del ahora, aunque hay un gran poder, el poder del pasado, que me condiciona.

Es bonito mirar un bebé en sus primeros meses de vida. Por una simple deducción, sabes que no tiene

material mental con el que expresarse y que no reacciona a los estímulos externos pretendiendo quedar bien. Es vida directa en el presente, sus ojos no cargan con una fuerza emotiva de un pasado, no se aburre por estar en la cuna y de no hacer «nada». Simplemente



«es», sin propuesta de «Ser», sin ningún artificio de seguir una práctica que dé unos frutos. Ellos son el propio fruto y la única profanación que existe es nuestra interpretación de lo que pueden estar vivenciando, como por ejemplo, lo que estoy haciendo ahora. Hay que volver a ser como un niño, olvidando todo aquello que me han dicho o hecho en cada instante, viviendo el ahora.



Podemos recurrir también a un ejemplo animal. Un perro que es abandonado durante una semana sin comida y casi sin agua, cuando ve a su amo, mueve el rabo y se lanza sobre él con alegría y afecto, sin sentir desprecio y sin pensar que ese hombre es malo por no haberle dejado alimentos. La vida en este perro es directa, sin ser interpretada por un pasado, aunque sí aprende a través del dolor y el placer de forma directa.

Hay un pasado que procede genéticamente de otras vidas, que fueron nuestros antepasados. Toda esa criba genética y esas mezclas es lo que tú crees que eres. Sin embargo, yendo más allá de toda forma humana y animal, al origen de la forma, somos ese polvo cósmico del cual brillan todas las estrellas. Todo el poder del universo y su secreto está en ti. ¿Cómo voy a dejar que me condicione un pasado si soy la eternidad...?

Este artículo se llama «El poder del pasado», pero el verdadero poder es el presente: es lo único existente. Sólo es una forma de llamarlo, porque el presente está fuera de toda medida temporal. Como ya hemos dicho antes, las formas son perecederas, pero el presente es instante de eternidad. Instante, siempre es, ahora, ahora, ahora, siempre, sin calificativos. El calificativo viene de aquello que conocemos y podemos designar con palabras. Por eso se

le da vida al «silencio», silencio de lo pensado, de lo interpretado, que sólo exista el instante: Eso.

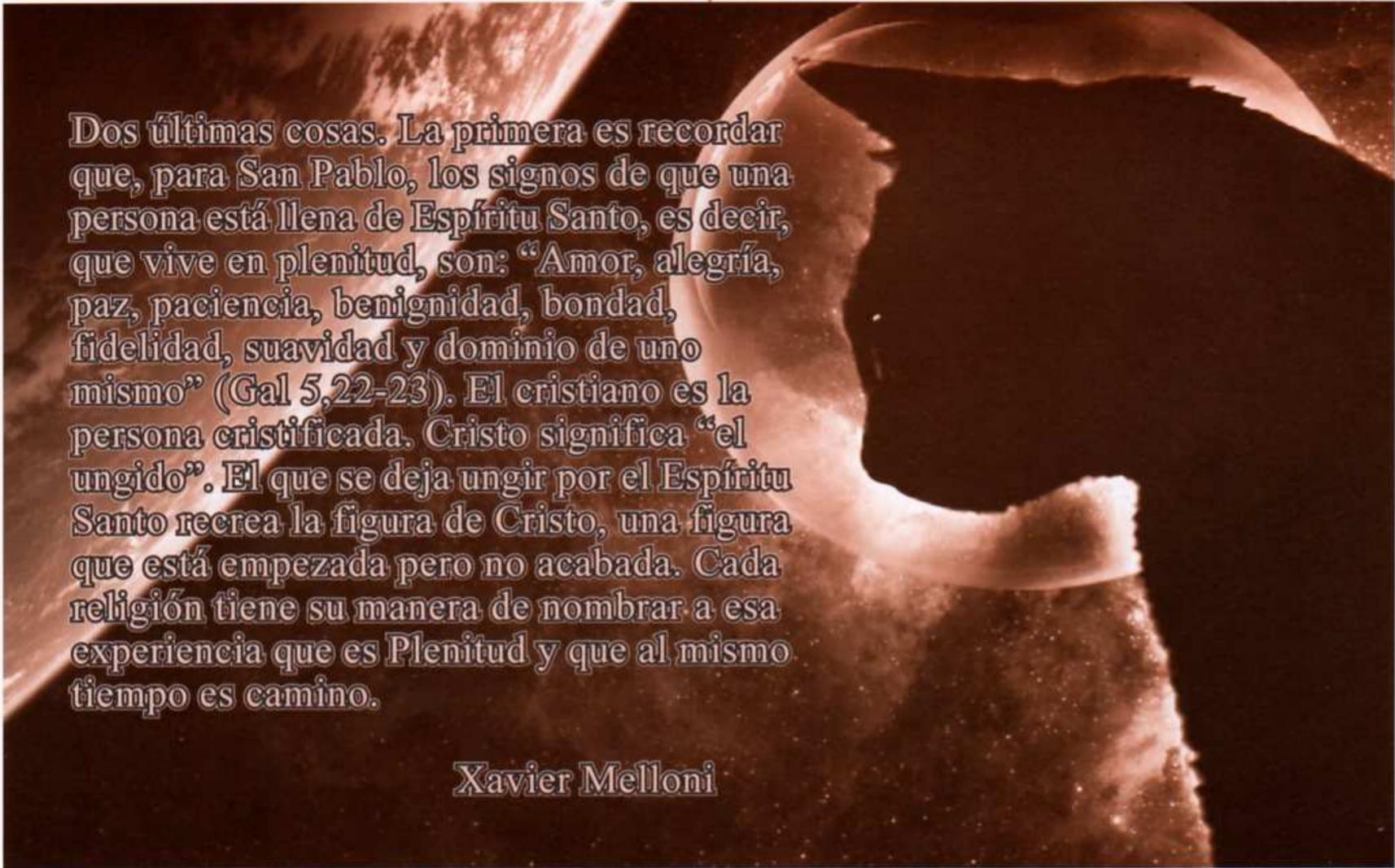
Toda acción pasada tiene su vibración presente, toda acción conlleva su reacción. Por eso, la persona identificada vive unas experiencias determinadas que le ha tocado vivir; son el cúmulo de los resultados de las acciones o los pensamientos que realizamos o tuvimos en ese pasado. Generamos reacciones a través de nuestras experiencias y vivimos las reacciones que generamos. Siempre estamos en esa rueda, en ese círculo identificado, en ese karma, dentro del Samsara.

Quitándole el concepto egóico, la persona realizada en la verdad o, mejor dicho, que está en paz con todo el universo y sus formas (aunque reconozco que es un fallo exponer algo sobre ello, ya que es vivencia para ser experimentada y no hablada), está fuera de todo karma egóico, ya que no existe ningún hacedor en ese cuerpo. Por lo tanto, no se da ninguna búsqueda de resultados; nos referimos, evidentemente, a resultados compensatorios, ya que no hay que confundirlos con la parte funcional que buscará agua si tiene sed.

Existen muchas formas de eliminar ese pasado, de abrirnos al presente. Para conseguirlo, unos maestros te indicarán una práctica

determinada, otros te señalarán otra distinta, pero la verdad es que ninguno puede eliminarlo por ti. No existen varitas mágicas para iluminar, como tampoco promesas de realización. No se sabe nada, todo está en manos de la conciencia, y en ella no existe lógica para comprenderla: lo que parece una cosa se vuelve otra, lo que parece mal es bien, etc.; no existe nada que se pueda afirmar, ni tampoco negar. La conciencia humana es sorprendente, ya que pertenece a la conciencia universal, la única. Por eso no sirve criticar a unos y apoyar a otros, no se puede despreciar a nadie, ni lamentarse uno de su triste vida o de sus vivencias trágicas (cualquier veneno puede convertirse en el puente de salvación de una persona), ni alabar la suerte que se tiene y la dicha que me acompaña. No importa nada, sólo el instante en el cual te reconoces a ti mismo: ahí Tú eres, todo lo demás son simples experiencias de vida, de continua oposición, de lucha. En ese instante te vuelves verdadero, eterno, infinito, porque eres uno con el universo, y no se trata de poesía, sino de una vivencia clara de saber quién eres y del juego de la vida en la que el pasado entero, incluyendo lo más negativo de las experiencias vividas, se vuelve en el cariñoso recuerdo de una vez que te habías confundido creyéndote ser un cuerpo y una mente...

Rafael Carrión



Dos últimas cosas. La primera es recordar que, para San Pablo, los signos de que una persona está llena de Espíritu Santo, es decir, que vive en plenitud, son: "Amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, suavidad y dominio de uno mismo" (Gal 5,22-23). El cristiano es la persona cristificada. Cristo significa "el ungido". El que se deja ungir por el Espíritu Santo recrea la figura de Cristo, una figura que está empezada pero no acabada. Cada religión tiene su manera de nombrar a esa experiencia que es Plenitud y que al mismo tiempo es camino.

Xavier Melloni